

ésto daba el golpe de gracia y triunfaba sin alarde.

Ese dón de gentes que inmortalizó a Sócrates, que personificó al venerable papa León XIII, que hizo temer del mundo a Napoleón I y admirar a San Francisco de Asís; ese tacto que es tan escaso entre los hombres y que por falta de él se han hundido soberbias eminencias, era el que poseía el P. Barco y con el que se atrajo las simpatías de todos los que lo conocieron y trataron a fondo.

Consideraba al pueblo y le amaba dulcemente y desde la cátedra sagrada le enseñaba a cultivar la tierra y a podar los jardines; respetaba en él las horas de trabajo porque ellas son oro y no se deben desperdiciar y por eso las funciones religiosas eran relativamente limitadas durante su gobierno, guardando todo para dar gracias al cielo por los beneficios recibidos, los últimos días de diciembre, los que estaban reservados para la regia fiesta de la Inmaculada Concepción.

De este modo ayudaba a las masas a cumplir con sus deberes persuadiéndoles de que el trabajo es la mejor oración que se le puede tributar a Dios y que el que trabaja tiene pan, independencia, músculo y vida tranquila.

Muchas veces se le oían frases como éstas del sabio moralista Benjamín Franklin: «Ruborizáos de sorprenderos vosotros mismos en la ociosidad, cuando tanto tenéis qué hacer para vosotros, para vuestras familias, para vuestra patria y para vuestro gobierno. El tiempo perdido no se vuelve a hallar jamás».

Con máximas, con consejos, con amonestaciones y muchas veces con una elocuencia ciceroniana que daba miedo escuchársela, hacía del auditorio un rebaño sumiso, porque era persuasiva esa oratoria y era justa esa reprimenda.

El pueblo tiene instinto de pitonisa y por una fuerza oculta que llamaremos telepatía de las conciencias, sigue a sus verdaderos conductores como la masa a la resultante de las fuerzas y nadie es capaz de detener esa corriente.

Mostraba a diario una serenidad de ánimo que infundía confianza a sus feligreses: no ceder ante las crueldades de la vida, era su norma de conducta para enseñar así a vencer a los desconfiados.

Si hoy se renuevan los votos para hacer la apoteosis del Ministro del Culto, santificado por la piedad, es porque la gratitud golpea los corazones para que al despertar, muestren de relieve las grandes virtudes del que supo conducir, por sendas seguras a los hermanos en Jesucristo.

Los hombres que sobreviven en la estatua y en la historia como biehechores de la humanidad, tienen derecho a que

se les venere porque muertos son más intensas sus enseñanzas, pues una vez desaparecido el respeto humano, sólo queda la obra como una cristalización de su cerebro en un arco de luz de intensa irradiación.

«Si no viviéramos en constante relación con aquellos de nuestros semejantes que más y mejor ennoblecieron la vida humana; si no viviéramos de su pensamiento; si no nos alentara la inspiración sublime de sus altos ejemplos, de su divina palabra, no respondiéramos a nuestra naturaleza, al fin para que la misma nos detiene de ejercitar nuestras facultades para cooperar, a medida de su extensión, al bien general».

Dejar por vocación o por abnegación sublimes, todos los placeres del mundo para entrar a un oasis de amargura, sin más pensamiento que las dulzuras de la vida eterna y sin más recompensas que los desengaños de la tierra, es una gran virtud que merece el aplauso de todos los que comprenden y valoran esa santa abnegación y esa sutileza de alma franciscana.

Su armada era la fe, y por eso cuando llegó la última hora, cerró los ojos, descendió la colina, y sin un reproche, entró en la eternidad, como en un sueño de grata primavera.

Su espíritu está hoy entre nosotros y vuela entre los aromas de estos pinos, como una mariposa de alas blancas que se deleitara en saludar la luz de un oriente esplendoroso.

Que sea la reverberación de ese espíritu la que ilumine el éxodo de nuestras fatigadas existencias,



# EPICEDIO

*Composición recitada  
por su autor en el Ce-  
menterio el día 12 de  
Diciembre*

Y vive tu memoria tras los años  
de reposo en honrada sepultura,  
y gritan tu virtud propios y extraños.

Se destaca tu clásica figura  
al través de los velos de la muerte  
como el lucero entre la comba oscura.

Y al contemplar de tu despojo inerte  
—cárcel ayer de espíritu sublime—  
esa cruel realidad que el hombre advierte,

Hondo dolor mi corazón oprime,  
y al volver a tus huesos la mirada  
mi párpado una lágrima reprime.

Cómo olvidar tu réplica acerada  
unida al dulce rictus de tu boca,  
penetrante y sutil como una espada!

Ah! cuantas veces de una turba loca  
el delirio de sangre y desenfreno  
contuvo tu palabra, cual la roca!

Aun escucho vibrar tu voz de trueno  
en apóstrofe cruel contra el avaro,  
o ya exaltar con un elogio al bueno.

¡Y cuántas, no te ví llevando al caro  
y pobre hogar el óbolo a la viuda,  
y ser de aquellos huérfanos amparo!

Por eso, cabe el mármol, te saluda  
con lágrimas tu grey, y reverente  
vela ante tus cenizas triste y muda.

¡Oh varón, que el dictado de prudente  
no deslustró ni el enemigo insano;  
tu nombre vivirá de gente en gente.

¿Quién, sino tú le amordazó al villano  
la lengua vil, nefanda y venenosa,  
cuando el honor le arrebató al hermano?

Fue tu verbo la chispa misteriosa  
que, al saltar en aristas, despedida,  
bordó de luz la duda tenebrosa.

No te sedujo el oro: que tu vida  
se modeló al través de la pobreza,  
y aliviar la indigencia fue tu egida.

Allí tu grande excelsitud empieza,  
y guardando el precepto del Rabino,  
vacíaste tus alforjas con largueza.

Se lastimó tu planta en el camino,  
mas lo cruzaste en actitud serena  
cual cumple al valeroso peregrino

Que, estoico como el genio ante la pena,  
tranquilo aguarda, porque ya presente  
desasir el dolor que lo encadena.

No fuiste ante el progreso indiferente,  
pues tus obras nos gritan con alarde  
ser dignas hijas de tu excelsa mente.

Bien está que tus huesos aquí guarde  
necrópolis augusta, que soliste  
visitar del crepúsculo en la tarde;

Oh! cuántas veces en sus tumbas viste  
quebrar del sol el rayo moribundo  
al són de tu plegaria hermosa y triste!

No contagió tu espíritu ese mundo  
vano, con sus ilaquezas y su escoria;  
mas, le ofreciste tu perdón profundo.

Ya el tributo del tiempo a tu memoria  
quiere esculpir de nuevo ante tu huesa  
tu nombre, como un símbolo de gloria.

Que sobre el jaspe que en la tumba pesa  
al grabar gratitud los que te amaron,  
tu gran apoteosis allí empieza.

Recuerdo a tu virtud ellos guardaron,  
y al renovar su amor junto a tu fosa,  
con raudales de llanto lo sellaron.

Bien está que, al dormir bajo la losa,  
llegue hasta tu ceniza el triste grito  
de aquellos que tu vida luminosa,  
con amor, en el alma hemos escrito.

MARCO T. JARAMILLO

Salamina XII. XII-MCMXVII.



## Pbro. doctor José J. Barco

*Los muertos no se van:  
se hacen, como dice el poeta  
francés, los invisibles.*

C. A. E.

Y menos cuando se trata de almas templadas al fuego de la caridad, y alimentadas con la moral de Jesucristo.

Caracteres excepcionales, inflexibles en el cumplimiento de sus deberes, pero llenos de tolerancia y de amor;

Espíritus bañados en las purísimas aguas del Evangelio, enemigos de amalgamas de la Religión con la política;

Corazones abrasados en el fuego divino, sin odios, sin rencores, movidos en la paz que produce la observancia de las leyes morales;

Mentes ricas de doctrina conseguida en el GRAN Libro y de autores de la talla de los Aquinos y Agustines;

Voluntades de hierro con firmeza de roca;

Sacerdotes con candor de niño y valor de apóstol;

Sagitarios con saetas de oro; con educación y bizarría de dama;

Sembradores de la semilla de LA BUENANUEVA, dignos de la pluma de Lamartine:

«Hombre que ha ido a descansar en la eternidad, donde ya, de antes vivía su alma, después de haber hecho aquí abajo lo mejor que se puede hacer; él ha continuado un dogma inmortal; ha servido de eslabón a una cadena inmensa de fe y de virtud, y dejado a las generaciones que han de nacer, una creencia, una ley, un Dios.»

Tal fué nuestro Pastor.

Salamina, Noviembre de 1917.

JOAQUIN OSPINA

## J. J. BARCO

Qué podré yo decir del P. Barco—Dios mío!—que no tenga el reflejo de una profanación?

Yo sólo sé decir que fué un varón justo, de alma de oro, dotado de un espíritu limpio de toda mácula, y de un corazón que no cupo en su pecho, un corazón enorme, cuyos latidos escuchó treinta o más años un pueblo que más tarde había de echarle la tierra, la última tierra, la misma que fecundó esos árboles de melancólico sosiego que—junto a las tumbas—urnas de cenizas amadas—parecen dialogar, bajo la noche, en los lindes del pasado, con su sombra, la sombra veneranda del P. Barco.

Pozo de bondad, dechado de entereza, ejemplo vivo del más templado carácter, todo lo fué José Joaquín Barco, a su paso por esta vida mortal. En sus vestiduras no se halló jamás el menor salpique de aquel lodo grosero que Jeremías—en sus llorosas quejumbres—llamó concupiscencia.

Su amorosa voz conciliadora era un recodo en la negra senda de la duda; sabía ungir con óleos de paz los corazones cuando en ellos hervía el fermento del odio; sus franquezas venían del corazón en un florecimiento de ironías, risueñas, más que risueñas, dulces y galanas.

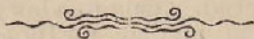
Su facultad de crear, su visión del arte y de la belleza, la multiplicidad de su acción, la exteriorización de sus más genuinas facultades en la esfera de la energía vibrante, quedaron representadas en aquel cementerio que robó sus afanes, todo arte severo, en donde triunfa, sobre la muda tristeza del lugar, la línea, el color, la evocación estética.

Su vida—después de un perenne anhelo de perfeccionamiento moral, fué cifra y compendio de la esperanza que conforta y alivia, látigo con que arrojó de los templos interiores de su sér, al demonio del desaliento.

Y, un día, con la serenidad de los héroes y de los santos, se despidió de la tierra, y se marchó en paz con Dios, consigo mismo, con los hombres.

TOMÁS CALDERÓN

1917.



# REMINISCENCIAS

La benéfica «SOCIEDAD DE MUTUO AUXILIO», de Salamina, ha solicitado mi modesta colaboración para la Corona Fúnebre que piensa formar con motivo del próximo aniversario de la muerte del Pbro. Dr. José Joaquín Barco.

Para cumplir mi promesa me limitaré a recordar un rasgo de alto civismo que, en época de vacaciones, me tocó presenciar.

Era un día clásico de hervor tropical. En algún periódico de la localidad cierto número de personas creyó encontrar algo mortificante y ofensivo. La pasión se encendió y, con la irreflexión característica, una gran multitud se preparaba a vengar la ofensa de manera poco recomendable.

Fué entonces cuando, con la comprensión plena de su deber y con tacto superior, el ejemplar sacerdote habló así a sus oyentes: «Hasta mí ha llegado el rumor del proyecto que algunos de mis feligreses tienen de asaltar y destrozar la imprenta en donde se edita la hoja periódica que los ha irritado. Por mi parte creo que esta sociedad, por cuyo buen nombre tanto he velado, no presenciara escena tan perjudicial para el dictado de culta que con justicia ha merecido. Para alcanzar el fin que se persigue hay sólo dos caminos que el buen sentido y el honor aconsejan: Si lo que en la hoja se dice no tiene valor alguno, debe aniquilarse haciéndole el vacío; pero si, en cambio, aduce razones dignas de tenerse en cuenta, debe combatírsele con razones».

Y aquella multitud que en antes rugía de odio recibió las palabras del buen sacerdote como suave rocío que apaciguó su cólera. Vino entonces la reflexión; los consejos del pastor de almas se siguieron y Salamina se ahorró una mancha que hubiera empañado la blanca historia de su vida.

J. ALZATE

Bogotá, Noviembre de 1917.

## DISCURSO

pronunciado por el señor Lorenzo Mejía en el Cementerio, el día  
11 de diciembre.

Señores:

Los caballeros que han organizado este doloroso tributo de admiración, de afecto y de gratitud al que fue enderezador de corazones y sembrador del bien, me han dispensado el alto honor de llevar la palabra en este día.

A pesar de mi completa insuficiencia, no vacilé en aceptar, con amargo placer, ya que el tormentoso naufragio de esa preciosa existencia, produjo en la mía un sentimiento de hondo pesar. Así, pues, manifiesto a los caballeros que se acordaron de mi nombre, y, muy especialmente al doctor Enrique Isaza, y al Capitán Rafael Tejada, mi gratitud muy sincera. Para los dignísimos miembros de la hermosa institución denominada, «Sociedad de Mutuo Auxilio» y, para todos los que de alguna manera han contribuido a esta obra de rigurosa justicia, envió mi felicitación muy cordial. Pero esa felicitación, va muy señaladamente para el que concibió la idea y luchó tenazmente hasta llevarla a término. Es él, el Capitán Rafael Tejada.

Señores:

Venimos hoy, en peregrinación doliente, a recoger con amor reverente, a la orilla del piélago eterno, las cenizas sagradas del sér cuya vida toda pureza y toda merecimientos, pasó, sencillamente, humildementé, por el suelo querido de nuestro pueblo, regando a montones las semillas de todo bien. Este altísimo viajero de Cristo, fué un sembrador espiritual. Abonó el terreno amado de su cultivo con su verbo sencillo y elocuente, y, con el ejemplo de su inmaculada vida, pura como un lirio de nieve. Llevaba por callado, un haz de luminosidades, hecho fraternidad cristiana.

Esa vida, que no tuvo otro pecado que el de no haber nacido en tiempo de Jesús para que le hubiera hecho su discípulo, muy amado, se deslizó entre nosotros, como la fuente límpida de la montaña: clara, transparente y vivificadora.

Así como al arroyo se inclinan las frondas aridecidas por la sequedad, en busca de verdor y de frescura, la caravana, mordida por la conciencia, maltratada por el hambre, apretada por la desnudez y, lastimada por el frío, se acercaba a aquel corazón en busca de seguro lenitivo, de paternal



y tibio refugio. A ese corazón, cuyas arterias bienhechoras se extendían a todos los rincones donde la anemia revolvía su mirav, languidamente desesperada, en busca de misericordia.

Cinco años hace. Imposible olvidarlo :

Aquella góndola, de pequeñas dimensiones, que llevaba en su seno un cargamento imponderable de diamantes y perlas, hechas virtud y, amor y, ciencia, empezó a vacilar.

Qué sombrío fué el momento.

Qué rudo fué el oleaje.

Qué despiadada fue la tormenta.

Todos los espíritus volvieron su mirada al Cielo en busca de clemencia ; pero era tarde.

Llegó el momento, y, un áspero escalofrío de muerte se apoderó de todas las almas.

Cinco años, y, aún miramos al océano como en espera de una resurrección, y, sólo vemos, en el sendero recorrido, una estela resplandeciente, como el camino de astros que Dios tendió desde los cielos para cargar amorosamente con su fiel Pastor, que, con aquellas palabras del Profeta Samuel, puede hoy decir :

« Cuando me tomaron ondas de muerte, invoqué a Jehová, y, clamé a mi Dios ;

y, El oyó mi voz desde su templo ;

llegó mi clamor a sus oídos y fue mi sostén ;

sacome a anchura, porque puso su voluntad en mí ;

remunerome Jehová conforme a mi justicia ;

y, conforme a la limpieza de mis manos, me dió la paga ;

por que yo guardé los caminos de Dios ;

porque delante de mí, tuve todas sus ordenanzas ;

y, atento a sus fueros, no me retiré de ellos ;

y, guardéme de toda iniquidad ».

« Con el bueno, fui bueno ;

con el íntegro, me mostré íntegro ;

con el perverso, fui dulce y cariñoso ;

por eso Jehová, escudo de los que en El esperan, me inundó de luz el día señalado ».

Como el Padre Suárez—ese viejecito dulce que se doblega al peso de los años, y, que apenas se sostiene en la peana de su santidad ; en el oloroso y, blanco, y, divino crisantemo de su alma, cuyo perfume se difunde, y, puede aspirarse allá, bajo su pobre techo, y, en la capilla donde íntimamente vive con Dios—el Padre Barco fue un raro ejemplar de ministros de Jesús.

Tesoros pasaron por sus manos ; pero apenas pasaron.

Jamás pensó en construirse suntuosa vivienda, ni, en tender muelle lecho alfombrado de raso, por que sabía que muchos de sus hijos no tenían alimento ni abrigo;

por que no gustaba estar distanciado de sus pobres;

por que no quería exaltar la timidez de ellos con exterioridades puramente humanas;

por que quería estar abajo, en el suelo, muy cerca de ellos, para no aumentarles la mortificación, cuando a él se llegaran en busca del cotidiano pan.

«Bienaventurado—dijo Salomón—el que piensa en el pobre».

«Dios tendrá misericordia de él y le acogerá bajo sus alas».

Por eso quizá, fue así el Padre Barco: humilde, y misericordioso a imitación del Maestro. Bienaventurado.

Huérfano de los suyos, una novísimísima familia de esta población, le recogió en su casa y le dio todos los afectos y todos los cuidados que humanamente pueden prodigarse.

Se ejercía así, con él, la caridad. Con él, que era el más vivo representante de esta altísima virtud.

Jamás su corazón mancharon odios ni sus labios profirieron maldición. Tenía siempre una palabra dulce y, una sobria franca para todos.

Cumplía rigurosamente el mandato de Jesús:

«Amad a vuestros enemigos; bendecid a los que os maldicen; haced bien a los que os aborrecen y, orad por los que os ultrajan y os persiguen».

«Para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace que salga su sol sobre malos y buenos y, llueve sobre justos e injustos».

Nunca pensó en abatir el árbol que estaba fuera del huerto.

Para los alejados del seno de la Iglesia, tuvo siempre una frase de perdón. Oró misericordiosamente por ellos y, los atrajo, antes que alejarlos con impropio y maldición.

A veces su verbo se encendía contra el avaro, contra el impuro y, contra el criminal, y, entonces, era como el reventar de la espuma que, salpica, no para manchar, más, para blanquear, y, embellecer.

Para él, pudieran haber sido escritas estas palabras de Salomón.

«Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos;

ni en silla de escarnecedores se sentó».

Y, también éstas:

«¿Quién se sentará en tu tabernáculo Jehová?»

El que habla verdad en su corazón;  
el que no detrae con su lengua;  
el que no hace mal a su prójimo;  
ni contra su prójimo acoge oprobio alguno.»

Así, el P. Barco.

Otra de las grandes virtudes del que todas las poseyó fué, la hermosa reveldía de su alma contra la oprobiosa in-misericordia del poderoso para con el vencido.

Debieron haberle servido de norma, estas viriles y, robustas palabras del gran profeta Isaías:

«¿No es, por ventura, el ayuno que yo escogí, deshacer los haces de opresión, dejar ir libres a los quebrantados y, que rompáis todo yugo?

¿No es, que partas tu pan con el hambriento y a los pobres errantes metas en casa;

que cuando vieres al desnudo, lo cubras, y no te escondas de su carne?»

Sí, señores:

Esa opresión de los que imponen vanidosamente la superioridad al desgraciado; esa opresión de los que ven indiferentemente los padecimientos de la escasez; esa opresión, de los que esconden avaramente el tesoro a las manos escuálidas que lo produjeron fatigosamente. Esa opresión, fué la que hizo reforcer su espíritu y, le hizo exaltar la justicia hasta la frase enrojecida.

Cuando sus labios dejaron escapar frases empapadas de amargura y de cólera, era porque su corazón goteaba toda la sangre de la piedad y, de la justicia.

Padre Barco:

Pasaste la vida sembrando la simiente generosa de la caridad, la justicia y la virtud.

Mira, qué abundosa y bella es la siega: Una multitud que viene a traerte el fruto, hecho amor, hecho gratitud, y, hecho lágrimas. Un pueblo; el pueblo de tus hijos dilectos, que viene, fervoroso y reverente, a recoger la bendita reliquia de tus cenizas, para guardarlas en ese santuario, a donde peregrinará mañana en busca de consuelo, cuando el torbellino de la desgracia, con inclemencia ruda le azote.

Un pueblo que viene a depositar en la última morada de tus restos, pedazos de corazón.

Bien, que así sea.

Porque, a quién mejor que a tí podría presentarse la ofrenda.

A tí, que fuiste sordo para la carcajada irónica y sangrienta de la hartura miserable; pero que oías la distante, lastimera queja del agónico o del abatido.

Que fuiste ciego para la empinada y triste vanidad del lujo, y, del oro; pero veías en donde quiera, el romper de un harapo, y, el asomar de un pedazo de carne.

A tí, que cuando cerrabas el sagrario en donde Dios se esconde, dejabas abrir tu corazón como una rosa roja de mil pétalos, por cada uno de los cuales goteaba miel purísima que iba a empapar los labios que apuraban la amargura del desamparo.

Que cuando cerrabas de noche los ojos, desplegabas el alma, rompiéndola en pedazos, que iban a cubrir, y, a dar calorcito a los huérfanos a quienes faltaba un andrajo de manta.

Y, qué mucho que los que aún vivimos te lloremos. Si hasta tus muertos, a los cuales habías consagrado parte de tus energías para hacerles menos triste su morar de olvido, debieron sentir una sacudida escalofriante, cuando tu eterno adiós; porque tú les traías, al agonizar de todos los crepúsculos, una oración radiosa que se entraba a todos esos huecos estrechos, oscuros y fríos, como un relámpago divino, clemente y misericordioso, traspasando después, como una lumbrarada implorante, la comba infinita del azul.

Si supieras, cómo parece treno funerario, el canto de las golondrinas, allá en el alero de tu Templo. En ese Templo, que santificaste en compañía del Altísimo:

En ese Templo, que tanto embelleciste, por amor al Dios de todas las misericordias.

En ese Templo, en donde ya no se levanta la forma consagrada, como flor del cielo, en el blanco búcaro de esas tus manos que sólo se abrían para bendecir y derramar el bien.

No te fue posible ocultar la luminosidad de esa tu existencia, que calladamente mantuvo el áspid del dolor humano bajo el tacón de la caridad.

Por eso, el día de tu partida, debieron desgranar en el Cielo un enorme macetón de estrellas para envolver el luminar de tu alma.

Bienaventurado tú, que pensaste en el pobre.

Ahora, óyeme:

Cuando en el miserable albergue de tus pobres, falte un harapo y, un mendrugo, Ruega a Dios por ellos.

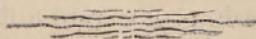
Y, ruega, porque la doctrina del manso y humilde Galileo, tu amado Maestro, no desaparezca del todo de la tierra de tus hijos.

Padre nuestro; que estás en el Cielo. Ensalzado sea tu nombre. Venga a nosotros tu espíritu bienecor. Hágase siempre tu obra y tu ejemplo. Dale hoy a tus huérfanos, el

pan que les falta; y, perdona a los que te olviden.

Dios te salve, Pastor justo, y, bueno.

Lleno eres de alabanza entre nosotros, y, lleno eres de gloria allá en el Cielo, por los siglos de los siglos. Amén.



## ESTROFAS

con que fué presentada la corona que las jóvenes llevaron a la tumba del Padre Barco, el día 7 de diciembre.

Un grupo, el más florido, de tu adorada grey,  
oh! muerto ilustre, amado, te viene a recordar.  
Una corona, símbolo de su ferviente ley —  
el dolor de tu ausencia — viene a depositar

sobre la tumba obscura que te oculta a sus ojos  
nostálgicos y tristes. Cuatro estaciones van  
desde que te marchaste dejando aquí entre abrojos  
estas flores del cielo, que en su dolor están.

Cuatro estaciones crudas, de pálido arrebol;  
y sin cesar avivan en su fiel corazón  
la pena de tu viaje, de aquel día sin sol,  
que las dobló en intenso, convulsivo apretón.

Fuente eterna de lágrimas dejó tu cruel partida,  
para estas almas bellas que no te olvidarán;  
hoy florecen de nuevo, renovando su herida,  
estas rosas del cielo, que en su dolor están.

Aquí, cerca del puerto donde zarpó la nave  
que te llevó a regiones de luminoso tul,  
quieren hallar la estela de luz difusa y suave,  
sobre las ondas rútilas de ese piélagos azul:

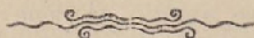
la estela de tu nombre, la estela de tus hechos,  
para seguir en viaje de tu virtud en pos;  
para añorar la pena que dejaste en sus pechos,  
y elevar sus plegarias hasta el trono de Dios.

Recibe, Padre amado, esta sincera ofrenda  
que tus amantes hijas te vienen a traer:  
ellas te dicen férvidas que seguirán la senda  
en donde tu recuerdo pronto está a florecer.

Fuente eterna de lágrimas dejó tu cruel partida,  
para estas almas bellas que en su dolor están.  
Hoy florecen de nuevo, renovando su herida,  
estas rosas del cielo, que no te olvidarán.

JOSÉ SOLANO PATIÑO

Salamina, Diciembre de 1913.



## EL PADRE BARCO

Cinco años há que aquella figura encarnación del Carácter, la rectitud y el respeto, abandonó para siempre este suelo engolfándose en el túnel misterioso de la tumba; cinco años há que en la Catedral sagrada de este recinto, no vibra el verbo sonoro, correctivo y prepotente que a manera de cascada llovía sobre nuestros corazones empapándolos en la enseñanza refrigerativa de la virtud; cinco años há que su memoria como un loto vivo navega sobre el verde lago de nuestras ensoñaciones crucificadas en los pétalos de aquel loto, cuyo perfume no se extinguirá jamás en el verjel amado de su pueblo.

Ah!.....El Padre Barco, como una constelación brilló por seis lustros sobre el dombo tranquilo de nuestra sociedad, sosteniendo en ella la bonanza de la confraternidad cristiana en el fiel impoluto de su balanza recta: Como un apóstol del

deber, se adueñó del poderío de su propio yo, y en forma de dón peculiar de los genios, se trazó su conducta que todos sus fieles respetaron en són de reverencia.

No fue fanático; unas veces con su verbo crítico y cauterizante vapulaba el vicio; otras con el frío análisis del profesor que habla a sus discípulos, enseñaba a sus oyentes el evangelio en pláticas dogmáticas y claras. Fué recto y severo; fué dulce y cariñoso; su mano como el puntero de una brújula buscó siempre el norte de la desgracia para llevárle la dádiva de su amor, abrevando en la fuente infinita de la caridad, que fué el pozo de sus enseñanzas solitarias y donde calmaba la sed de sus delirios. Hizo de su ministerio un altar, y, en él ofició con el sigilo eucarístico de una vocación fuerte y convencida, y, como verdadero apóstol de Jesús Dios, despreció al fariseo que grazna con garganta de Cáرابو su fingida santidad de anacoreta. Celoso de la responsabilidad ministerial, nunca se revolcó en el cieno de la política, supo respetar el fuero sagrado del yo ajeno, sosteniendo la armonía y la paz de su pueblo amado con iridiscencia simbólica: Hacía un llamado a la oración en la campana, y, exhortaba a sus fieles al trabajo, y como un reloj distribuía el tiempo entre la oración y el cumplimiento del deber. Cronómetro inenexorable. Como el Divino Maestro, arrojó la preciosa semilla de sus enseñanzas sobre la gleba social de nuestro pueblo, y, con el riego fecundo de sus virtudes, la preservó del insecto fatal del fanatismo, tuberculosis que atrofia el organismo de los pueblos:

De ése carácter, esa virtud, y ese dón, sólo nos quedó el perfume; el Padre Barco cristalizó su nombre en Salamina y sus amigos como Mario, lloramos sobre las ruinas de su ausencia.

FRANCISCO MEJIA M.



## APOTEOSIS

Han transcurrido cinco años desde el momento fatal en que la muerte tronchó la vida del insigne Padre Barco. Mil sucesos funestos han reclamado la atención del público, con aparente olvido del varón excelso que dormía el sueño eterno, en la cripta que le sirvió de tumba, bajo el ara del altar de la hermosa capilla del cementerio; pero de pronto, el aura popular se conmueve y toma la iniciativa feliz de celebrar la apoteosis con ardoroso empuje, para desahogar el sentimiento de su gratitud hacia el hijo de Leví que supo gobernar con cetro de oro al pueblo más altivo de la Montaña.

No es extraño, por consiguiente, que hoy Salamina tenga el sublime arrebató de un homenaje brillante para su héroe epónimo, impulsor como fue de su progreso moral y material y modelo de singulares prendas personales.

Pasa a la historia del terruño querido el nombre del Padre Barco con una aureola de esclarecimiento que el tiempo no horrará; porque la serie interminable de los años, sirve de cristal para aumentar los perfiles de los hombres célebres, así como las moléculas impalpables del éter, al través de las distancias siderales, destaca mejor la silueta de los astros, cuando estos incendian su cauda luminosa tras las altivas aristas de la sierra.

Profundo moralista y poseedor de una ilustración vasta y compleja, nuestro ilustre Padre Barco, se forjó una autoridad indiscutible que dominó las costumbres semibárbaras de su época y mantuvo en perfecta unidad los elementos sociales al mágico influjo de su palabra y de su ejemplo.

Para derrocar un prejuicio o combatir un error no medía la potencia de sus adversarios para librar las batallas, porque éstos cedían a los dardos encendidos de su verbo, y las fortalezas caían a sus zarpazos de león. Su oratoria brillaba por el acervo de imágenes y la apologías salían enloquecidas de aquel cerebro fecundo, con la expresión de su hermosa voz varonil.

En las conferencias doctrinales su aspecto era sencillo y atrayente y sus frases claras y amenizadas con oportunas anécdotas, de manera que penetraran en cada uno de sus oyentes, así como la linfa de los rios cae tranquilamente en la verde superficie de los lagos, haciéndola ondular en tumbo leve. Sin embargo, cuando resuaba el fondo de la doctrina expuesta, subía el temple de su voz al calor de los razonamientos, su semblante se transfiguraba y el auditorio detenía el aliento de los pechos. Era tal su inspira-

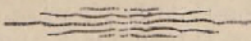


ción que, indudablemente, sobre el nimbo blanco de su tonsura debía percibirse sublime «agitación de alas».

En el hermoso mausoleo que guardará sus cenizas venerandas, queda perpetuado el acto votivo de una generación agradecida para rendir el holocausto de sus lágrimas y el tributo propiciatorio de sus fervientes plegarias. Al pie de tu sepulcro, oh! ilustre amigo! esperamos el lenitivo para los dolores del alma, porque tú fuiste el relicario donde Dios se posó, como en el Monte Sacro, a dictar sus bienaventuranzas; porque tus labios se purpuraron diariamente con la sangre pacífica del Cordero; y porque en tus manos se rendía con tanta ingenuidad el sublime Rabino que en éllas dejó sentir los latidos de su corazón y el fuego de sus Potencias.

La ciudad de Rionegro se honra porque meció tu cuna y Salamina se gloria porque le serviste y le confiaste el tesoro de tus recuerdos.

ALEJANDRO DUQUE T.



## REMEMBER

No por lejano debo temer que se haya vuelto vago el recuerdo de la última vez que ví al Presbítero José Joaquín Barco. Ello fue en una tarde del esplendente diciembre, cuando respiraba los aires de la *città fecunda*, adonde bajé de la altiplanicie buseando descansar del tráfago del año. En el bello jardín que corona la entrada del Cementerio de Salamina, lo divisé debajo de unos árboles empeñado en hacer que los pinos crecieran formando cuáles un libro abierto, cuáles un corazón, y en que los rosales dejaran su flacidez natural para asumir actitudes más airosas, de guirnaldas o de cortinas a medio descorrer. Al verme, coloca las tijeras sobre una escalinata, sacude con ambas manos las faldas de la sotana para arrojar lejos los restos de la esquila, restrega sobre las baldosas las suelas de sus zapa-

tos, y con los brazos extendidos viene a mí en la actitud del más franco y generoso cariño.

Nos sentamos sobre uno de los escaños que dan la espalda a la galería central, y empearon a brotar de sus labios esas palabras dulces y sentenciosas, sabias y humildes, áticas y tajantes, pero siempre denunciadoras de una alma desposeída de odios, ayuna de veleidades, y ávida de ganar corazones. Hablamos mucho; de mí, de él, de mis estudios, de mis trabajos, de mis planes futuros, de mis ilusiones muertas. De ese cementerio tan fastuoso que se había empeñado en construir superior a los recursos de la parroquia, y en pugna contra la rutina municipal, desvaída y más lista a lo barato y duradero, que a lo costoso y a lo estético.

«Oh! Este pueblo merecá esto y mucho más, me contestó. Aquí el gusto se ha refinado, las gentes ya no nacen y mueren entre las piedras del fogón, como antaño; viajan y asimilan cuanto pueden, y al contrario de otros que si van a los Estados Unidos se creen unos yanquis porque traen los bigotes afeitados y fuertemente herrados los botines, mis parroquianos todo lo observan, hacen cálculos sobre lo que convenga y se pueda implantar, su avidez de reformas es alarmante, pero.....le ponen muchos más nudos a la punta del pañuelo donde guardan los reales. Todos se encantan con la obra, hasta hemos dado pie para que se nos ridiculice por el mucho amor que le tenemos, y aún que sencilla en verdad, seguramente por lo que antes existía, nos parece tan grandiosa, que poco nos falta para ponerle una inscripción de *primero del mundo*, como los portugueses en el pedestal de la estatua de su poeta Camoens. Y se reía el buen padre, sin comprender, como Pigmaleón, que la Venus procedente de sus manos era más hermosa que la misma Venus.

A todas estas, un enorme cigarro cambiaba de comisuras en su boca, y al renovarle el fuego, como maliciara que yo lo observaba con extrañeza, me dijo: «en Bogotá poco se fuma, aquí sí, y mucho. Qué calamidad!» Para atenuar sus escrúpulos le contesté: también allá se fuma sin reparos. El poeta Pombo no dejaba apagar el cigarro, y por cierto que cuando me lo presentaron, me hizo gracia que al preguntarle por su vida nos respondió que parodiando a Descartes decía: «*fumo, luego existo*».

Terminado el cementerio, a qué otra empresa le piensa dedicar sus energías?

«Mis energías decaen, amigo mío, pero si a Dios pluguiese prolongarme la vida, tenemos qué trabajarle a una casa de beneficencia, que la población necesita con urgencia inaplazable. En eso sí me tienen qué ayudar todos, presentes y

ausentes. Que no suceda como con el cementerio que mis colaboradores más asiduos han sido el Maestro del agua y don Isaac Ríos. La Sociedad de San Vicente de Paúl se mueve sin descanso (Dios bendiga a don Cipriano Calderón), pero con las casita que construimos no se subsana la falta de un asilo para tantos ancianos que vagan por las calles sin pan y sin abrigo, y para esos niños que ruedan al acaso. Usted hace muchos años que salió de aquí, por eso le son desconocidas las luchas que sostenemos, las amarguras que nos invaden y hasta las injusticias con que se nos trata. Desde Bogotá nos puede ayudar el grupo de caballeros salamineños que allá residen, pues algo se les ha debido pegar del ambiente de caridad que en esa ciudad se respira, y que Dios ha de tener en cuenta cuando le respondan también por las abominaciones con que se le ofende».

Las abominaciones de que usted habla, se refieren talvez, le dije sonriendo, a que allá el baile no está catalogado entre los pecados capitales?

«No por cierto, repuso; en Bogotá, como en toda tierra de cristianos, los Curas de almas tenemos que tronar contra esas impúdicas diversiones que siembran el mal por las pasiones que despiertan. Y aunque no siempre fuera así, bastaría recordar que la cabeza del Bautista rodó entre las copas de un festín».

No le quice argüir, pues me constaba lo irreductible que era en esta materia.

Como las sombras de la noche nos invadían y las campanas llamaban a la oración de la tarde, nos levantamos y emprendimos el regreso a la ciudad.

«Vaya a verme, me decía; anúncieme cuándo para esperarle». Ya no puedo, padre, mañana, regreso adonde las ocupaciones me reclaman.

Nos dimos el abrazo de despedida que fue el último.

\*  
\*\*

Transcurrido un tiempo volví por el mismo mes de diciembre a la querida ciudad natal; no había acabado de caer de mis zapatos el polvo del camino cuando las campanas que acompañaron la despedida de mi buen amigo, me anunciaron su muerte. Tuve el placer de conducir sus despojos mortales hasta el sitio donde platicáramos la última vez: me senté en el mismo escaño, dejé que mi espíritu vagara libremente por los parajes que hollé de niño; sentí la misma voz armoniosa que me enseñaba la Doctrina Cristiana en los crepúsculos de la aldea, oí los consejos con que se

me armaba para evitar el pecado, y hasta en los bancos de la Escuela me volví a encontrar, oyéndolo como Inspector de Instrucción Pública, consignar en el acta aquellas palabras que tan fuertemente viven grabadas en mi alma: «Hay que inculcar en los niños el amor a la Patria».

Un crescendo de llantos me sacó de mi abstracción, y la multitud que se apiñaba con religioso respeto para besar la tierra que iba a recibir a su pastor, me volvieron a la realidad de la vida.

Comprendí entonces el valor de lo que perdíamos en el hombre providencial, que bajo la capa de humilde sacerdote Dios regaló a esa tierra salamineña, probada con todos los infortunios, regada con la sangre de todas las guerras, pero rica en fé y celosa de sus fueros. De mis labios salieron las palabras de Fenelón: «*Dios ha tomado lo que es suyo y no lo que es nuestro. A qué preguntar por qué lo hará*»?

\*  
\* \*

La benéfica Sociedad de Mutuo Auxilio, deseosa de probar que no hay peligro de que por la acción del tiempo se borre la memoria y mucho menos que se extinga la veneración por quien fué el alma de nuestro progreso, el amigo incomparable, el caballero sin tacha y digno Ministro del Señor, se apresta para rendirle un homenaje en el aniversario de su muerte, y con mucha bondad solicita mi concurso. Vayan estos recuerdos a juntarse a los que allá se tributen en la próxima aciaga fecha.

GONZALO JIMENEZ G.

Bogotá, noviembre de 1917.



# ESBOZO BIOGRAFICO

el Clero de Salamina desde su fundación hasta  
la época.

DEL R. P. JOSE JOAQUIN BARCO

---

## I

- 1º Un padre Cuestas (de Aguadas)
- 2º P. Ramón Marín
- 3º P. Juan M. Valencia (estancia corta)
- 4º P. Manuel Canuto Restrepo (después Obispo de Popayán)
- 5º P. Lucas Naranjo (estancia corta)
- 6º P. Carlos José Ortiz (estancia corta)
- 7º P. Francisco J. Isaza
- 8º P. Jesús M. Cadavid
- 9º P. Julián Medina
- 10º P. Felipe Suárez
- 11º P. Nereo Medina
- 12º P. José Ignacio Velásquez
- 13º P. Baltazar Vélez (estancia corta)
- 14º P. Simón de Jesús Herrera
- 15º P. Silverio Gómez (de Pácora)
- 16º P. Francisco José Rodríguez

## II

EL R. P. JOSE JOAQUIN BARCO

---

### SU FISICO

En 1880, en reemplazo del Presbítero Rodríguez, fue enviado a esta ciudad, donde quedó radicado definitivamente. Contaba entonces 28 años y era de elevada estatura, de fuerte complexión, de temperamento neuro-sanguíneo, y una conformación de su cuerpo todo que en él se revelaba, aun a distancia, el cariz de salud floreciente.

Por esto no era raro que fuese un tanto vivaz y expedito, de andar a plomo y algo rápido a la vez, revelador de actividad incansable que sostuvo durante más de una déca-

da, tiempo en el cual conservó icólume la energía en el cumplimiento de su Ministerio y la iniciación y realización de toda empresa que acometiera.

Ojos pardos y vivaces, pequeños y penetrantes con la expresión de dulcedumbre risueña que acompañaba siempre su sonrisa; nariz recta, boca grande en proporción a su faz amplia y llena, labios delgados y casi horizontales, un tanto curvos hacia las comisuras donde vagaba un amago de sonrisa cuando el Padre no meditaba; si reía de veras mostraba, en aquel tiempo, hermosa, marfileña dentadura.

Las facciones de su fisonomía eran fáciles a la movilidad y a la variabilidad en cada emoción, por lo cual se adaptaban con gran valía en sus sermones y pláticas, no siendo de menor gaje su mano pulcra y elegante de un delicado blanco rosa, de proporcionadas dimensiones y de largos y ágiles dedos que hacían la verdadera aristocracia de su acción en sus oratorias vehementes o de controversia. Su voz tan perfecta y tan clara, de tan vigoroso acento y rico timbre que aun sin intensificarla ni arvejar con ella sus períodos, tenía alcance tan prodigioso que a increíbles distancias nadie perdía un ápice de sus rotundas frases.

Sus sermones, y máxime sus pláticas doctrinales dominicales eran imbuídas íntegramente en el espíritu de los oyentes sin faltar una sílaba, pues nunca al Padre le acaeció el defecto de no pocos oradores, de bajar grandemente, inconscientemente, la voz al principio o al fin de períodos importantes, haciendo perder el hilo de la parva intelectual. La oratoria del padre Barco era de tono sostenido desde el principio hasta el fin; y con ser tan grandes y selectas las virtudes que cultivara, y tan valiosas como útiles las empresas que acometiera y llevara a buen fin, con todo, nos atrevemos a afirmar que la popular y ruidosa fama que rápidamente se extendió por dilatadas regiones, debióse más a sus pláticas doctrinales, sermones y homilias hermanadas a maravilla con el privilegio de su voz. La grandiosa entidad fué en el púlpito, y nada más necesitó.

### III

#### EL R. P. JOSE JOAQUIN BARCO

#### EN SU OBRA MORAL

Después de las homilias y de sus pláticas doctrinales, con que el Padre infundía la verdad eterna y sus preceptos, y donde se efectuaba la sabia edificación de su grey y se depu-

rabán las costumbres según los cánones sagrados, ninguna otra cosa, por elevada que fuera, podría llegar a ese grado de culminación de enseñanzas, como no fuera la *confesión*.

En el tribunal de la penitencia el Padre se tornaba en ángel de consuelo que, al paso que iluminaba la mente con luz dulcificante, mostrando al penitente el peligro de la senda de falaces atractivos mundiales, le señalaba la apacible y sencilla, pero segura y convincente, que conduce a las moradas eternas. En ese tribunal había como una transfiguración del rayo que fulminaba, en el apacible meteoro que subyuga nuestra vista con la mágica suavidad de sus matices; no era el gigante del púlpito cuando fustigaba inmisericorde los mayores extravíos populares, o quería aplastar con dialéctica contundente y acerado verbo los errores de la apostasía, o la monstruosidad de los vicios de la degradación humana; era sí el que derramaba con fruición para el penitente el bálsamo del perdón; el verdadero siervo y mandadero de su Dios Cristo que, con la humildad del cordero, sanaba las úlceras inveteradas con el matoroso aliento de su cariño, de su amor y de unción mirífica. Y el penitente alzabase del confesonario con la satisfacción y el semblante de regocijo del que descarga, para no tornar a llevarlo, el pesadísimo fardo que había traído a su espalda desde lejanas tierras; y quedaban subyugados su corazón y su alma por ese pequeño recinto, pequeñísimo ciertamente y muy estrecho, pero sabían que era la única portada que podría conducirlos al puerto del salvamento. Y esa alma y ese corazón volvían con frecuencia a libar a aquella fuente segura de salud y regeneración. ¡Cuántos no habría que por pusilánimes y temerosos de verle con el molin de la bravura en la cátedra sagrada, rehuían acercarse a aquel abrevadero y desechaban la prolífica ocasión de un hallazgo de albores infinitos.

Prolijo sería el recuento de las frecuentes lecciones de moral y de conducta que vertía a cada paso, a cada instante, a cada conversación familiar.

Y, quién apreciaría mejor la confianza que guardaba y respetaba con sagrado sigilo? Nunca violó una manifestación confidencial, y toda comunicación, toda información de un amigo que pudiera perjudicar a éste o a un tercero, caían en su conciencia como en un arcano del olvido, o como en el sagrario de la confesión.

Y, cómo daba un abrazo o un apretón de manos afectuoso y sonreído, al que había fustigado en el púlpito por acciones graves y, sin nombrarlo, le habría señalado con la irónica mordacidad de su táctica maestra! Pero el Padre,

verdadero hijo del divino Cristo, sabía probarle su ausencia de rencores con muestras de amor y de cariño al que se resentía por sus justas reprimendas.

Y, cómo pasaríamos en silencio que nuestro amado Padre, cual el gran santo seráfico, y con la humildad del Nazareno soportaba agravios, perdonaba las ofensas y todo eso lo echaba en el olvido!

Su caridad inagotable y de radio extensísimo, como verdadero padre de los pobres, a nadie escatimaba la limosna, prodigada no sólo a los pordioseros sino también a los transeúntes y andarines que se le acercasen, y sin indagarles el móvil de sus solicitudes. La que repartía de modo oculto y en cantidades mayores era cuantiosa y sólo a su muerte vino a patentizarse el hecho, por la deploración y lamento de los vergonzantes que habían ocultado sus miserias en sus lúgubres tugurios del dolor. A este respecto, fue no poco elocuente la circunstancia de que a su muerte, la hacienda que dejaba se mostraba sobre manera exigua.

Fuera de lo que repartía en sus excursiones sacramentales por caminos, calles y plazas, tenía una limosna reglamentaria. Erase el medio día del domingo. En su apartamento de recibo contiguo al costado oriental del templo, al lado de una mesa donde lo primero que colocaba era un rimerero de montículos de monedas al alcance de su mano, se arrellenaba en su sillón; no faltaban otrosí, acá un estuche de sus anteojos, allí su breviario u otro libro de selección, y acullá un aromático paquete de tabacos habanos o ambalemeños con que obsequiaba a sus amigos de visita. Ahí el ameno palique entre las espirales del humo, juguetonas, que simulaban los escarceos espirituales del R. Padre, en esos momentos felices de expansión recreativa, compensadora del cansancio de sus arduas tareas; ahí chascarrillos que van, chistes que vienen, entre los retintines de las monedas al rodar de sus manos pródigas, mientras un cigarro habano de reverenda largura clásica, imponente se mecía prisionero entre cerrojos marfileños que sólo le soltaban al tropel de los impulsos hilarantes. Oh! momentos deliciosos sólo vistos en las huelgas de los justos o en los retozos de inocentes infantiles!

En los años últimos, cuando ya sentía el Padre quebrantada su salud, le acogió en su seno una de las importantes casas de la ciudad. Y respecto a la convivencia con la honorable familia, oigamos lo que dice uno de sus miembros: «era la misma suavidad y bondad; y para satisfacer a los demás hacía caso omiso de su dignidad, todo de acuerdo y en conformidad con la santa ley de Dios».



## PROGRESOS MATERIALES Y DE ORNATO

en que tuvo parte principalísima el R. P.

JOSE JOAQUIN BARCO

---

Entre las obras materiales y de ornato del Municipio que llevó a su fin, está en primera línea nuestro gran templo, orgullo de Salamina, y para coronación y remate de la elegante fachada, le hizo dotar con un reloj de primer orden, de tres muestras y de campana para horas y medias de tan selecto timbre que bien podrían envidiarle no pocas ciudades del país.

Obras meritorias que le aguilataron la estimación del pueblo fueron: su viaje memorable a la capital de la República para traer, como efectivamente lo hizo, la comunidad de Hermanas de la Caridad con lo que le legó al Municipio el avance de instrucción y de moral que de día en día es más y más palmario y eficiente, completando aquella acción con la ayuda para proveer a la comunidad de casa de habitación y hospital, lo propio que locales suficientes para escuelas de niñas y colegio de señoritas; eficaces fueron también sus esfuerzos e iniciativa para establecimientos, ya públicos, ya privados, de escuelas y colegios de varones, cooperación tanto más meritoria cuanto que todo se llevó al cabo en tiempos aún muy cercanos a la difícil situación creada por la guerra de 1876; y la consecución de extenso solar para la Beneficencia, que si no ha mostrado hasta ahora su edificio correspondiente, no fue por falta de celo del R. Padre sino por la incuria de otras entidades.

En su profundo amor por la Beneficencia, inició, ayudó e hizo implantar la Sociedad de San Vicente de Paúl, de la que fue su brazo derecho en todo lo atañero al ejercicio de la caridad, especialmente con la humanidad vergonzante; así mismo dió impulso a otras varias congregaciones que hoy funcionan con reglamentos establecidos y aconsejados por su saber. Y fueron tantos los adelantos materiales y morales que se vieron en ésta, durante 30 años de su época en que intervino, que todo lleva latente el sello de su mano poderosa y de su actividad y energía suigéneris de que le dotó el Altísimo, para bien de sus feligreses y de toda su grey, que acaba de rendir justo homenaje a esa memoria veneranda con el monumento, símbolo imperecedero de su inmortalidad.

El cementerio es la última obra de utilidad y ornato que terminó en sus postreros años, con toda su complacencia y delectación del hombre que se recrea en su obra. Esa esbelta capillita fue resultado de la gestación de sus sueños dorados, y se definió en una concreción del arte arquitectónico en su más delicada manifestación de gusto estético. Ved la gallardía de esa construcción simétrica de ojival estilo en forma de cruz de malta, con la torre-cúpula en el centro; ved la magia de sus cincuenta y dos puertas que se alzan de improviso y se esconden a lo alto, como si ansiaran irse al infinito y dejar que todos los horizontes saluden con sus auras perfumadas el recinto de esa joya, nacida del consorcio del arte que fue de Tangarife y del genio que fue del Padre, cuyo cerebro asimilaba todos los ideales para darles forma estética sensible dedicada al embeleso y recreación de sus amados hijos en Cristo. Al coronar la obra de sus ensueños, el Padre debió sentir una conmoción cerebral y cardíaca que determinaron el paro de sus actividades en su derrotero. Ya no volvió a pensar en el cielo de su templo, ni en su pavimento, ni en la casa cural ni en el edificio de la Beneficencia. Si por un momento se animaba a seguir en la brega, tornaba a desmayarse y a engolfarse nada más que en la última de sus obras, en su capilla, en sus cruces, en los arbolillos de sus parquesitos adyacentes, en capullos y corolas, en pájaros y nidos, en los céfiros y los cierzos, en las flores, sus misterios y perfumes, y en fin, en los crepúsculos que son bellísimos, vistos desde la puerta occidental de su capilla; y siguió viéndolos y mirándolos y extasiándose en ellos, hasta que vio un último crepúsculo, el más hermoso, y entonces se reclinó, soñó, y despertó para siempre orlado de los rayos inmanentes de las auroras enternas.

PABLO E. GUTIERREZ

Salamina, diciembre 12 de 1917.



## RECUERDOS

El Pbro. Dr. José Joaquín Barco nació en la ciudad de Rionegro en 1852 y a los 28 años de edad vino a Salamina a encargarse del curato. Desde un principio se distinguió por su espíritu progresista, su corazón caritativo y su virtud acrisolada.

Difícil fue su actuación en los primeros tiempos, porque había que dar una orientación segura hacia el progreso moral y material de la población y para ésto necesitó salvar muchos obstáculos, idear muchos planes. Una vez sus hijos en el camino que debían seguir, se dio a la tarea de levantar el culto, organizando fiestas religiosas, y de emprender obras materiales. Entre las primeras, figura especialmente la fiesta de Diciembre consagrada por los salamineños a la Inmaculada, aquella Reina «excelsa emblema de todo lo sublime, aquella que es «el pensamiento más grande de la mente Divina».

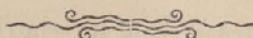
Algunos meses antes de este novenario, el ceño adusto de nuestro inolvidable pastor, tornábase festivo. Desde el púlpito encarecía celebrar el festival con la mayor pompa y era tal su entusiasmo, que siempre hubiera querido acelerar el tiempo para llegar pronto al deseado Diciembre y cantar las glorias de María. Nueve días trabajaba sin descanso, pidiendo mercedes para su pueblo que con él gozaba, y hablando de la grandeza de aquel ser privilegiado que el 12 de diciembre de 1912, había de recibir su alma con maternal cariño y cual preciada joya, cual luminoso y puro diamante, colocarlo en lugar muy alto en el trono de su hijo.

Entre las segundas, nos dejó también recuerdos impecederos, como la obra del cementerio. En un mangón medio desconocido, hizo un camposanto admirado de propios y extraños. En el centro cultivó un jardín cuyas flores perfuman el ambiente; en el lado oriental construyó una hermosa capilla y a sus lados laterales plantó una arboleda de cipreses que en la calma de la noche, recogen cristalinas gotas de rocío que lentamente van rodando en el follaje hasta caer, unas, sobre las fosas como lluvia de lágrimas, y otras, heridas por esos rayos solares, emprenden su fuga hacia el espacio por no confundirse con la miseria humana. Esos árboles que él cuidó con tanto esmero y que ostentan el corte artístico e ingenioso de mil figuras caprichosas, habían de dar más tarde a sus restos sombra bienhechora y rodear, como gratos y fieles compañeros, el pedestal que hoy levanta Salamina para perpetuar su memoria. Hasta la natu-

raleza se muestra con él agradecida porque ¿quién no lamentará tan irreparable pérdida? El pobre recibía de sus manos abundante limosna; de sus labios salían sabios consejos y frases cariñosas para el hermano que sufría; en la cátedra sagrada su verbosidad elocuente atacaba sin piedad el vicio; «atraer y no repeler», era su consigna y por eso Salamina entera, sin excepción, le tributa el homenaje de admiración y respeto que justamente merece porque fue virtuoso, caritativo, tolerante y modesto.

Hoy, quinto aniversario de su muerte, invoquemos con respeto, su memoria veneranda y llevemos a su tumba las mejores flores de nuestro huerto, ya que él nos daba, de su rico granero de virtudes, la esencia de sus mejores frutos.

GODOFREDO BOTERO



## A la memoria clarísima

del PADRE BARCO

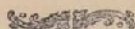
Su alma, como un río de dulzura,  
se remansó en las playas de la Vida;  
puso en cada pesar una ternura  
y un vendaje de amor en cada herida.

La palabra de Cristo fue una hoguera  
en sus labios, de paz y de cariño;  
tuvo del pensador la voz austera  
y el aromado corazón del niño.

Brindó al sediento el agua del consuelo;  
a manera de un albo terciopelo  
sobre las llagas se posó su mano;

y al fugarse los ópalos del día,  
vagando entre las tumbas, parecía  
desprendido de un lienzo del Tiziano!

BLANCA ISAZA DE JARAMILLO



## 12 de Diciembre de 1912

Las familias, como los pueblos, tienen en el desenvolvimiento de su destino días prósperos y de alborozo, como también fechas negras, de desdicha y pesadumbre. Siguiéndose esta inalterable consigna, a Salamina le llegó el turno, en la escala del sufrimiento, en el día que expresa el mote de estas líneas.

Varios días hacía que la Intrusa prevenía su cortante hoz para descargar el golpe fatal sobre la preciosa existencia del Pbro. doctor José Joaquín Barco; en el aire se sentía el frufrú de las sedosas alas del Angel del dolor, que anunciaba la catástrofe, y llenaba de ansiedad y angustia el corazón de los que tuvimos el placer y la honra de considerarnos sus amigos e hijos en Jesucristo. Hace hoy cinco años que se verificó tan luctuoso acontecimiento y a pesar de este lapso de tiempo transcurrido, la herida que su desaparición produjo en el alma social, no ha cicatrizado, y aún sangra.

Hoy, por la fuerza de los recuerdos, por la importancia del desaparecido, por el reconocimiento que se tiene de sus virtudes, para lo cual fue preciso que el obscuro velo de la eternidad envolviera su existencia, puesto que en vida, muchos de los que hoy lamentan su ausencia, fueron causa de sus desvelos y torturas, hoy, se repite, su nombre se repercute por todas partes y su memoria flamea en el blanco y puro pabellón de la gratitud.

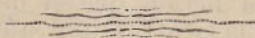
Bien quisiera que al tomar parte en la formación de esta Corona, pudiera colocar en ella una flor digna, una siempreviva que tuviera en el conjunto, la armonía y arte que requiere la estética, y que no discordara con el amaranto, con las rosas y violetas que en ella han de colocar los acariciados por las musas, los dotados de vasta inteligencia, en cuyos cerebros saltan las ideas, como saltan diamantinas y puras las gotas de clara fuente que se despeña a poco de nacer, sin que sus aguas hayan sido contaminadas con la impureza recogida en un largo curso.

Bien quisiera poder decir, como dijo en momento solemne el inmortal Miguel Antonio Caro: «he descolgado mi pluma y la he encontrado sin orín», para así lograr dar a esta memoria el esplendor que exige el escrito que tiene por objeto recordar a nuestro ilustre muerto, aquel incansable Pastor que, cual centinela avanzado, dió a tiempo el grito de atención que había de prevenirnos para el ataque contra el vicio y las pasiones; que supo hacer de su persona un dechado de cultura y simpatía, del ejercicio de su sagrado minis-

terio un ejemplo de sacerdotes, al decir justiciero de sus superiores. Pero ya que nada puedo hacer lleve el sello auténtico de una buena literatura, que hiera íntimamente la fibra del sentimiento y preocupe de veras la ineptitud del lector, abstrayéndolo por completo de sus intimidades, para concretarlo única y exclusivamente al recuerdo de nuestro nunca bien lamentado Pastor, me contentaré con dejar en esta página mi pobre esfuerzo intelectual, como tributo de admiración y amor hacia el inolvidable doctor José Joaquín Barco, para quien deseo la corona inmarcesible de gloria eternal.

Salamina, 12 de Diciembre de 1917.

JOSE JESUS PEREZ



## Pbro. Dr. José Joaquín Barco

Bondadosamente me ha hecho el honor la benéfica «Sociedad de Mutuo Auxilio» de Salamina, de invitarme a colaborar en la «Corona Fúnebre» que proyecta dedicarle al PADRE BARCO, al celebrar la conmemoración del quinto aniversario de su no bien lamentada muerte; y como por carácter y educación no he sabido nunca excusarme de nada que se relacione con el bien público y menos cuando se trata de una población como aquélla, que guarda para mí tan gratos recuerdos y que no necesitaría para serme simpática más título que el de ser patria de mi esposa y de mis hijos, me veo en la necesidad de hacer acto de presencia, lamentando no ser literato para hacer una obra digna de figurar al lado de plumas tan brillantes como las que le dan lustre a aquella culta sociedad.

Cuando apenas entrando en la vida de la ciudadanía, se me llevó inmerecidamente a desempeñar el Juzgado del Circuito de Salamina—perteneciente entonces a Antioquia y constante de lo que son hoy los Circuitos de ese nombre y los

de Aguadas y Pensilvania—muy pronto me correspondió el honor de entenderme con el R. Padre Barco, quien haría corto tiempo—en 1882—que había ido a establecerse en aquella población, como Coadjutor del entonces Cura propio Pbro. D. Simón de Jesús Herrera, y precisamente en los actos más trascendentales de mi vida, como fueron mi matrimonio, el bautismo de mis hijos y la muerte de mi madre política, por lo cual—aún cuando los vendavales políticos, de aquellos luctuosos tiempos, pronto me *barrieron*, muy a mi pesar, de aquella cara ciudad—tuve ocasión de conocer y apreciar en lo mucho que valían las múltiples cualidades morales y sociales que adornaban al Padre Barco.

Muy pronto me tocó conocerlo como un gran patriota, pues juntos estuvimos en una Junta Patriótica en 1883 para la celebración del *Centenario del Libertador*, en la cual, a la vez que habló con gran entusiasmo de las glorias de éste, hizo una brillante peroración alusiva a su *paisano* el *Héroe del Cunducurca*, con quien poco se diferenciaba entonces por su juventud y su varonil y gallarda figura.

Muy impropicio era entonces el medio para los que tuvimos que desempeñar funciones públicas en aquellos aciagos tiempos, de efervescencia y exacerbación de las posiciones políticas, sociales y religiosas; y precisamente esa fue piedra de toque para probar el talento y el buen tacto social del Padre Barco, pues tan pronto como tomó las riendas de la Parroquia, se vió renacer la calma y la tranquilidad de aquella sociedad, para lo cual influyó poderosa y decisivamente el justo medio en que se situó—que es el en que debe colocarse todo Cura de almas—predicando la moral sin inclinarse en favor ni en contra de ninguno de los partidos militantes, lo que hacía, no por presión ni temor de ninguna clase, sino con toda sinceridad, impulsado por sus tradiciones de familia, por el medio social en que se había formado y por la verdadera posesión de su sagrado ministerio.

Aun cuando fue relativamente corta mi permanencia en Salamina, me tocó ver de cerca el interés y el entusiasmo con que el Padre Barco trabajaba por el bien de la ciudad y de sus feligreses, no solo en lo moral e intelectual, sino en lo material, pues fue factor principal en la conclusión de uno de los más hermosos templos y el más cómodo de todos los del país, ya que sin ser extenso cabe todo mundo, todo se ve y todo se oye, y es todo luz, elegancia y alegría; fue iniciador de la importantísima obra del Hospital de San Juan de Dios, que concluyó en corto tiempo con el auxilio de personas tan generosas y piadosas como el nunca bien recordado don José Antonio Botero, establecimiento de caridad que

tan valiosos servicios ha prestado en todo tiempo; y en fin, fue de verse cómo se entregó en cuerpo y alma—como si viera venir su prematura muerte—a la ampliación, reforma y reconstrucción de un Cementerio, que verdaderamente le provoca a uno irse a morir en Salamina para que lo entierren en él, porque además de quedar uno a cuatro cuadras de la Iglesia y de la plaza, que es imposible que lo olviden los deudos y los amigos, está acompañado permanentemente por los numerosos moradores del Barrio, sin que el Establecimiento perjudique en lo más mínimo la salubridad de la ciudad, por su excelente situación, que es tal, que más cómodo está para los vivos que para los muertos, porque aparte de su gran amplitud, de su extenso y hermoso horizonte, de estar iluminado por el sol hasta ocultar su último rayo tras los Andes del Citará, está acariciado sin cesar por las tibias brisas del Chambery. Con esta obra nada más que les hubiera dejado el Padre Barco, es motivo suficiente para que nunca lo olviden en Salamina, ni los vivos *ni los muertos*.

Es fama, que en los últimos tiempos, el Padre Barco *sudaba sangre*; pero sí puedo asegurar que no era por culpa de sus feligreses, porque los hijos de Salamina, de toda clase y condición, lo querían tanto, que apenas él les igualaba en amor y afecto, cuando abandonó el brillante porvenir que se le aguardaba al lado de S. S<sup>a</sup> Ilma, en Manizales, sólo por volver—aunque pobre, sin comodidades y ya enfermo—a verse rodeado de sus hijos muy amados.

Medellín, noviembre 2 de 1917.

PEDRO A. ESTRADA





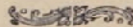
# RASGOS

El anhelo de Salamina en perpetuar la memoria del Padre Barco, es noble, justo y ejemplar. A imitación de las naciones que dejan a las generaciones venideras el nombre y la fama de sus héroes y sus sabios en monumentos que inmortalicen sus hechos gloriosos o sus conquistas científicas, ella ha querido que sus hijos futuros rindan culto de admiración y gratitud al noble varón que luchó por engrandecerla y alcanzó a realizar en ella obras materiales de altísima importancia y lo que es más a levantar un edificio moral de trascendencia incalculable.

A la muerte del Padre Barco, Salamina semejaba un Belén en los tiempos herodianos; no hubo individuo, familia o gremio que no sintiera un inmenso vacío; la Conferencia de San Vicente de Paúl perdió en él un sostén invaluable porque su corazón ardía en el fuego de la divina caridad; él, en asoció de otro honorable miembro de aquélla y con el peculio de ambos, construyó tres de las casitas que hermosean la avenida que conduce a su obra maestra de belleza y elegancia, y antes que la ciega y muda segadora tronchara con su segur de doble filo el tronco de ese cedro corpulento; antes de que se desplomara esa columna gigantesca; antes de alzar su majestuoso vuelo a la mansión de lo Increado; en medio de sus dolores, ya en los últimos estertores, oyó sin duda los hondos y amargos gemidos de una viuda desamparada, o los tristes ayes de un huérfano hambreado, o el barboteo del que tiritaba de frío, y recordando que aún le quedaba algo de su escasa fortuna legó una parte de ella a la Sociedad de San Vicente de Paúl.

Se extinguió para nosotros ese rayo de luz dejándonos sumidos en la obscuridad de la desesperanza; le vimos muerto y nos resistimos a creerlo; alzó su vuelo y sin embargo nos parece que está entre nosotros consolando nuestras penas y cuidando de su querida Salamina.

RICARDO ECHEVERRI G.



\* \*

Los pueblos que así exaltan al gran varón que un día  
fué sólo para ellos amor y caridad,  
sublimanse así mismos en noble eucaristía  
y calcan sus perfiles en la inmortalidad.

JORGE S. ROBLEDO

# INDICE

	Págs.
Inmemoriam.....	5
Luis Carlos Muñoz Pbro.—Oración fúnebre.....	7
Eusebio Robledo.—Flores y Tumbas.....	13
Enrique Isaza.—Discurso.....	17
Pedro M. Ospina.—Padre Barco.....	20
Jaime Mejía.—Discurso.....	22
Marco T. Jaramillo.—Epicedio. (Poesía).....	27
Joaquín Ospina.—Pbro. doctor José J. Barco.....	29
Tomás Calderón.—J. J. Barco.....	30
José Alzate.—Reminiscencias.....	31
Lorenzo Mejía.—Discurso.....	32
José Solano Patiño.—Poesía.....	37
Francisco Mejía M.—Padre Barco.....	38
Alejandro Duque T.—Apoteosis.....	40
Gonzalo Jiménez G.—Remember.....	41
Pablo E. Gutiérrez.—Esbozo Biográfico.....	45
Godofredo Botero.—Recuerdos.....	51
Blanca Isaza de Jaramillo.—Poesía.....	52
José Jesús Pérez.—12 de Diciembre de 1912.....	53
Pedro A. Estrada.—Pbro. Dr. José Joaquín Barco.....	54
Ricardo Echeverri.—Rasgos.....	57
Jorge S. Robledo.—Poesía.....	57

